

GACETA DEL ÁNGEL GERMÁN DEHESA

Efluvios caniculares I



En mi primerísima infancia y ya con las orejas plenamente desarrolladas, yo podía oír todos los ruidos de la casita

donde vivíamos los Dehesa, a saber: Margarita, Ángel, el otro Ángel, Germán y la otra Margarita. Entre mis padres había una permanente pugna de honda raíz ideológica. Mi madre era ferviente católica y solía contarnos acalambrosas historias que habían tenido lugar en la Guerra Cristera. Mi padre proclamaba ser comunista, de hecho, tenía su credencial del Partido y toda la cosa, pero a la distancia, yo juzgo que el comunismo de mi padre era más bien superficial y tembloroso. Era Don Angel demasiado gozador como para ser comunista, opino yo, aunque aquí la última palabra la tiene Karl Marx. El caso es que en mi hogar la situación tendía a ser tensa, pero esta tensión se frustraba ante el implacable buen humor y alegría de vivir que rebosaba mi padre. A él lo que le gustaba era comer rico, pasear, ver el mundo con ojos siempre satíricos pero compasivos, ir al teatro y oír música, le encantaba la música de cualquier tipo a ese señor que no sé a qué malditas horas me soltó de su mano siempre cálida y me dejó hecho un baboso tratando de cumplir el horrendo papel de hombre serio, maduro y respetable. Nada de esto fue

mi padre y el mundo ha atestiguado cómo su hijo tampoco es confiable en esos términos. Mi hermana se sulfura terriblemente cuando contempla mi desempeño existencial. Sus enojos son idénticos a los que tenía mi madre cuando, por ejemplo, mi padre sabedor de que debíamos tres meses de renta y estábamos endeudados con todo mundo, se presentaba en la casa acompañado de dos tamemes que ya eran sus cuates y que venían cargando un mueble grandísimo de "maderas desfleamadas" como decían en los anuncios. ¿Qué es eso, Ángel?, preguntaba mi madre con cierto rechinado de dientes. ¿Qué va a ser, Margotita?, es un tocadiscos Telefunken con ojo mágico (con esto del ojo mágico, yo quedaba subyugado). ¡¿Y tú crees, Ángel, que lo que en estos momentos estamos necesitando sea un tocadiscos?! Pues, claro que sí, un tocadiscos es siempre indispensable. Dicho esto, va pa'dentro ese mueblesote que acompañó toda mi infancia.

Para no variar, este artículo ya también se me chorreó, pues tendría que haber comenzado así: cuando yo era niño, en mi casa había un gran tocadiscos, pero también tú, lectora lector querido, piensa que estoy confinado en cuarentena y que paso largas horas sin más compañía que la de mis múltiples fantasmas urgidos de salir a escena. Yadibodo.

Muchos de ustedes ya no recordarán a la versátil Esmeralda. Yo

sí la recuerdo porque mi papá tenía un disco en el que la mencionada Esmeralda cantaba una canción de letra muy complicada que se llamaba "Pompas Ricas" y que yo sigo cantando en voz muy baja cuando veo a una mujer particularmente bien dotada con ese par de cadenciosas nalgas que paralizan el tráfico y a los hombres nos dejan sin argumentos ni nada que añadir. De esto tendríamos que escribir tratados enteros, pero ésta tampoco es la materia de la que pretendía yo ocuparme. Yo quería hablar de perros furiosos y me iba estrictamente a basar en un verso de "Pompas Ricas" que a la letra dice: "...bella flor que se evapora/ bajo el sol canicular". Por fin llegué a mi asunto: yo pretendía hablar de la canícula, palabra extraña cuya etimología es precisamente la palabra "can". Esto nos permite entender que en esa época del año en el que el sol redondo y colorado brilla y calienta con enorme intensidad, tanta que parece morder como un can, es la época de la canícula de la que algo más diré mañana en otro de estos monólogos de la soledad (¿será la edad del sol la soledad?).

¿QUÉ TAL DURMIÓ? MDXCIII (1593)

MONTIEL.

Cualquier correspondencia con esta columna añorante y canicular, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

